

ILUMINADOR SIN PRETENDERLO

Berta González de Vega

Columnista en los diarios ABC y SUR

Hay quien se deja epatar, quien quiere epatar y quien epata sin querer. O, mejor, ilumina. Antonio Escotado pertenece a la última categoría, claro Iluminador que no iluminado. ¿Cómo no impresionar? Porque era el espectáculo en vivo de la curiosidad sin fin. Bueno, gracias a que podemos leerle y escucharle en vídeos en la web, sigue siéndolo. Escuchar a Antonio Escotado era (es) percatarse de que hay personas a las que solo les molesta morir porque no van a tener tiempo de escudriñar más a fondo cómo funciona, qué mueve al mundo.

De Escotado se puede aprender al leerlo, al escucharlo, teorías, hechos, hipótesis, lecturas, perspectivas, pero con Escotado se aprende sobre todo una manera de estar en el mundo que no es nada fácil, aunque él hiciera parecer que sí lo fuera. Puede incluso que para él sí fuera sencillo y no requiriera ningún esfuerzo.

De entrada, tenía esa cualidad de los más grandes y no de sus imitadores de ser amable con personas que, aparentemente, podían no tener mucho que aportarle. Fue mi caso pero también el de Antonio, el dueño de un taller de carteles, que un día, no sé a cuento de qué, me confesó su admiración por Escotado mientras yo le recogía un pedido, cerca de la nave del polígono. Se emocionaba Antonio explicando cómo le había tratado su tocayo un día que se lo encontró comiendo en un chiringuito. La amabilidad. Las preguntas. No era fácil que saliera de su casa en la sierra de Madrid, pero sí que salió cuando le pedimos que bajara a Madrid a la presentación de *Imperiofobia*, de Elvira Roca, un libro que, entonces, podía ser uno más que revisitaba la historia de España. Pero no lo era. Él no

lo sabía, como casi nadie entonces, y se acercó a Madrid, al barrio de Salamanca, se sentó fuera de aquella librería abarrotada y charló y fumó con quien se quiso acercar. Elvira acabó siendo una de ellas. Le pudo entregar *Imperiofobia* en una barra de bar. Apenas dos años después, estaban los dos hablando de leyenda negra en una abarrotada sala de Sevilla. Él mismo cuenta en su *curriculum* escrito para una habilitación a cátedra de Sociología en 2006 que lo mejor del éxito de sus dos primeros libros en los 60 fue entrar en contacto con jóvenes no licenciados que aparecieron por su seminario en la Autónoma y por su casa, entre ellos, Fernando Savater y Félix de Azúa.

Obviamente tenía mucho más que contar, que enseñar, que el común de los mortales, pero lo hacía, lo lograba, sin caer en el *yoísmo*, en el que "porque como ya he dicho alguna vez, como ya avisé, como yo anuncié". Relataba su proceso de aprendizaje contagiando entusiasmo y sin dogmatismo. Se adivinaba de hecho en él su disposición a poder cambiar de opinión. Porque lo hizo. Por eso ahora se le echa tanto de menos.

Cuando visitó Churriana, la casa de Gerald Brenan, la mayoría de su público iba a ver al *Escota* de las drogas, sin saber que se iba a encontrar a la persona que llevaba lustros estudiando a los enemigos del comercio. Aquella tarde dijo confiar más en las empresas que en los gobiernos y claro, ahora, quedan mil preguntas en el aire, sin saber qué contestaría. Qué diría de las prácticas de algunas tecnológicas, amigas de gobiernos, entusiastas de imponer en la conversación de las redes sociales una suerte de pensamiento único. Qué diría de esa alianza para censurar a los disidentes, como pudimos ver en plena pandemia, cuando él se retiró del mundo a Ibiza, a morirse sin molestar.

Tenía un autocontrol que sólo puede dar una exquisita educación. Él, que había cambiado pañales, que como hippy sin postureo no podía ser machista, aguantó en una entrevista con Julia Otero en la radio cómo la presentadora le llamaba misógino, esa forma cobarde

de no decir "machirulo". Recuerdo mi indignación, mi cruce de correos, su apoyo al manifiesto de No Nacemos Víctimas y su intención de abordar la guerra de sexos, cuando acabara con Heráclito. No perdió la compostura en aquella entrevista de radio, simplemente le sirvió para darle vueltas a qué estaba pasando. Cómo era posible que ese feminismo le llamara machista. Le resbaló, pero no lo suficiente como para no darse cuenta de que ahí había un gran tema: "Estoy resuelto a meterme en el último avispero tan pronto como despache a Heráclito y Cía., que no pasará de los 250 pp. y estará listo a finales de primavera. Será magnífico darle caña al rencor de "género"", me escribió. No pudo ser. Habrá que preguntar si dejó algo anotado.

El último avispero. No le daba miedo. Porque no puede tenerlo el que se acerca a estudiar con rigor. No lo tiene al que le traen tan al paio las etiquetas. No puede vivir con miedo quien no ha tenido vértigo a quitarse la razón a sí mismo. Quien ha entrado en una cárcel agradecido por el tiempo para leer y para escribir. Quien ha experimentado con las drogas para conocerlas de primera mano. Quien ha abandonado un puesto de alto funcionario. Quien no ha tenido tragaderas precisas para la carrera académica fulgurante que debía haber tenido y no tuvo. Y le trajo al paio.